

UNIVERSIDAD CENTRAL
FACULTAD DE ARQUITECTURA, URBANISMO Y PAISAJE
CENTRO DE ESTUDIOS ARQUITECTÓNICOS, URBANÍSTICOS Y DEL PAISAJE

SANTIAGO Y EL BICENTENARIO: ¿RÉQUIEM PARA EL PROYECTO URBANO?

MARCO A. VALENCIA P.
Agosto, 2006.

Muchas son las inquietudes que despiertan las reflexiones de Sergio Rojas y Mario Sobarzo cuando afrontan la relación entre arquitectura y política en el contexto del Chile de los sesenta.

El primero lo hace interrogando la validez histórica del concepto de proyecto urbanístico, la relación difusa entre plan y práctica y sus condiciones de realización. Rojas se inclina por la subsunción de la realidad en la idea (en el plan) en aquel momento particularmente denso de nuestro tiempo histórico. Presente (aquel) especialmente rico en retórica futurista; la modernidad tiene un lugar y ese es la ciudad, la utopía. En este sentido es el plan y es el programa de este futuro el que moviliza las energías de las subjetividades que construyen el porvenir.

Sobarzo, por su parte, se detiene en la huella del Santiago que historiamos, en la hendidura que el momento político deja en el espacio urbano. Ruinas que contienen fantasmas, atmósferas nostálgicas de una imagen del espacio público como escenario de la epopeya moderna y republicana, de la fiesta y la rebeldía. Se adentra desde la memoria individual y colectiva, en un acto de redención, que resignifica los objetos del Santiago del horror de la dictadura, donde el edificio Diego Portales –símbolo urbano de escenificación del autoritarismo -es redimido, (hoy por hoy al calor de las llamas), en lo que pudo ser, durante la Unidad Popular, el centro cultural más grande del país.¹

¿Cómo escoger entre la multiplicidad de hebras que dejan ambos relatos?. Varios son los posibles tejidos que pueden emerger desde estos entrecruzamientos. Yo me inclino por pensar que la principal inquietud que queda tras los textos es la pregunta por la posibilidad histórica de realización de Grandes Proyectos Urbanos, en el contexto del Chile actual.

Dos coyunturas históricas se constituyen como ejemplos de acción de las grandes realizaciones urbanísticas del Chile republicano. Un primer momento con ocasión de la

¹ Entre 1971 y 1972 el gobierno de Salvador Allende terminó el edificio para acoger la UNCTAD III, una vez utilizado, pasó a ser el Centro Cultural mas grande de Chile y símbolo del apoyo de artistas e intelectuales al allendismo.

celebración del primer centenario y, un segundo momento, el del período Desarrollista, que Mario Góngora llamó de las Planificaciones Globales.

La primera, al calor de la consolidación de un Estado en ciernes, guerrero y comerciante, de la mano de la riqueza de la exportación salitrera. La segunda, de un nuevo modelo de regulación política, integrador y productivista, de desarrollo “hacia adentro”.

Ambos períodos, cargados de imaginarios de socialización (patriótica, nacional o popular), pusieron en juego complejos dispositivos de visibilización de lo nacional y de escenificación del Estado chileno y sus fundamentos republicanos.

Ambos modelos históricos de Estado (parlamentario y nacional-desarrollista) despliegan una particular visión de la espacialidad nacional; uno con énfasis en la consolidación de nuestras fronteras geopolíticas y otro con un zoom en los asuntos derivados de la urbanización y consolidación de la centralidades capitalinas y provinciales. Como sea, ambas institucionalidades recurrieron a la generación de grandes obras públicas, arquitectónicas, urbanísticas e ingenieriles como representación privilegiada del “espíritu” de lo nacional.

Frente al espejo retrovisor, corriendo raudos por nuestras autopistas de la sobremodernidad, cabe preguntarnos: ¿Qué ciudad estamos construyendo para el bicentenario?, ¿Qué rol le cabe al sector público en la generación efectiva de planes y obras urbanas que puedan ser comparables con los dos momentos citados con anterioridad? ¿En qué medida los intereses del urbanismo de libre mercado coinciden con las expectativas del estado y la ciudadanía en materia de reforma urbana?

Las expectativas de las realizaciones bicentenarias se han confundido con una extraña sensación de incomodidad. Primero por la incertidumbre en relación con la realización efectiva de los proyectos², asunto que lleva a pensar en la validez actual del Gran Proyecto Urbano como garantía de realización y, por tanto, como dispositivo de visibilidad de la identidad(es) nacional.

Segundo, una incomodidad producto de las incertezas en torno a la definición de lo urbano (como polis), y al sentido que los proyectos tienen en el marco del la ciudad del libre mercado ¿Es posible pensar lo urbano sin dispositivos de control efectivos que atiendan su crisis ambiental, social y mental?.

En tercer término, una pesada sensación de inseguridad ciudadana en el escenario material de la realización –la ciudad-, de la mano de una creciente privatización de la misma.

Podríamos distinguir, de este modo, tres órdenes de fenómenos, que alimentan este malestar cultural frente al Bicentenario: la incertidumbre asociada a su materialización de la mano de grandes Proyectos Urbanos; las incertezas teóricas y prácticas en torno a la

² Actualmente de las 243 obras planeadas para el Bicentenario, el 25, 1% de las Obras bicentenario están inactivas; un 11,1% están en etapa de diseño, un 33, 3% en ejecución y un 30,5% terminadas. “El gobierno conciente de que muchas de esas obras no estarán listas para esa fecha e incluso algunas se descartarán, prioriza las con mayores posibilidades técnicas y de financiamiento. *“Así ocurrirá según se estima, con el Puente Bicentenario del Canal de Chacao, con el Parque inundable en el Zanjón de la Aguada, la Ruta Interlagos y con el hundimiento de la Alameda frente a la Moneda para completar la Plaza de la Ciudadanía.”*; en “Inconclusa quedará agenda Bicentenario”, **El Mercurio**, 23 de Julio 2006.

definición de lo urbano; y la sensación de inseguridad ciudadana y privatización de la ciudad.

a) INCERTIDUMBRE BICENTANARIA: LA VIABILIDAD ACTUAL DEL PROYECTO URBANO.

¿Puede separarse la noción de Gran Proyecto Urbano de la matriz de regulación-política que la engendró?. EL despliegue de dispositivos técnicos y normativos que asociamos a la planificación urbana tiene su época dorada en el marco de las economías sujetas a diversos grados de regulación política. En el caso de nuestro país la práctica urbanística (si por ello entendemos la regulación estatal de los conflictos privados asociados a la economía urbana) se desarrolla en el período caracterizado como desarrollista y al calor de modelos de integración social de corte nacional-populistas. Una sociedad regulada principalmente por el sector público, un sector privado que reconoce en el estado el motor principal del desarrollo hacia adentro, un sistema político que mayoritariamente promueve la movilización de masas callejera, y que por añadidura, respalda el uso del espacio público como espacio de la política. La institucionalidad asociada al desarrollo urbano presenta conexiones discursivas con el urbanismo académico y las Ciencias Sociales. La arquitectura racionalista es resignificada como dispositivo de modernización integradora de los sectores populares. Escenario favorable para la realización de proyectos urbanos de importancia funcional y simbólica

Ahora, bien qué ocurre en el marco de las nuevas configuraciones territoriales devenidas del comportamiento del capitalismo globalizado y neoliberal, que en Chile asoma como modelo hegemónico a poco andar la dictadura militar (1975). La política Nacional de Desarrollo Urbano de 1978, adopta un modelo abiertamente neoliberal en materia urbanística: se suprime el límite urbano, se declara el suelo bien no escaso, la política habitacional se deja en manos del mercado, concentrándose exclusivamente en el subsidio directo a la demanda. En este marco se desarrolla una ciudad que crece descontroladamente mas allá de los ilusorios límites convencionales que estableció la planeación utópica. Los asuntos derivados de la metropolización (urbanización de la periferia, centralidad, integración social y rehabilitación de zonas pericentrales, densificación en altura) da paso a los temas característicos de lo que Roberto Fernández llama escenarios pos-urbanos: dispersión urbana (exurbanización, suburbanización), fragmentación urbana (física y a nivel de imaginarios), agudización de la segregación socio-territorial, contaminación ambiental, policentralidad y crisis del espacio público tradicionalmente entendido (trocado por sucedáneos varios: shopping mall, parques temáticos, espacios virtuales y telemáticos).

La crisis entre las nuevas formas de producción urbana asociadas al capitalismo flexible y la decadencia de los dispositivos de control y regulación interrogan urgentemente la validez de los Proyectos Urbanos.

Los apologistas del modelo de ciudad de libre mercado y la gran masa de intelectuales y políticos acrílicos, aceptan que los parámetros globales del rendimiento del capital globalizado (en el sentido de no sujeto a ninguna lógica preestablecida de localización) funcionan como los verdaderos medios de control de la experimentalidad en las transformaciones territoriales, por sobre cualquier clase de control normativo-prescriptivo tradicional.

La última generación de dispositivos de planificación – la llamada planificación estratégica- *“se ha tomado un mecanismo de exploración y captura de las tendencias y apetencias de la movilidad del capital, internalizando en la toma de decisiones de un asentamiento cualquiera, las condiciones de competitividad impuestas en realidad por los movimientos experimentales del capital en el territorio.”*³

¿O acaso las transformaciones a los planes reguladores comunales y las propias ZODUC, no son finalmente mecanismos de adaptación de los precarios dispositivos de control público frente a la dinámica del mercado inmobiliario?.

Una segunda adaptación del concepto de proyecto urbano en el marco de la ciudad del libre mercado es la de proyecto-fragmento. Aquella apuesta por operar a nivel microscópico, mediante suturas, en intersticios o nichos que el mercado inmobiliario y las obras de vialidad públicas dejan a la libre utilización proyectual de la arquitectura y el diseño urbano, los okupas o simplemente, los home-less. Ciudad Collage (Rowe)⁴ o Terrain Vagues (Ignasi de Solá Morales)⁵ son conceptualizaciones que reconociendo la crisis entre control y producción urbana en el contexto de la desregulación, apuestan por tácticas espaciales que resignifican lo urbano en busca de la totalidad perdida, desde lo particular y lo efímero. Para estos autores *“el proyecto consiste en captar todas las energías y dinámicas que configuran nuestro entorno. Se privilegia el cambio y la transformación y de ahí que se haga difícil pensar en términos de formas y materiales estables, o definiciones fijas y permanentes del espacio”*⁶. La sintonía de esta posición teórica con lo efímero y la cultura del acontecimiento, se entiende, de buena manera, en la medida en que se plantee una redefinición de los mecanismos de interpretación, captura y representación el fenómeno urbano: la generación de cartografías de urbanas, (lectura de significados urbanos dispersos en la ciudad) como la fuente que alimente proyectos urbanos mas allá del terreno canónico del planning y la zonificación. Dicho en términos deleuzianos el paso de un espacio liso a uno estriado, que asume la complejidad rizomática de los hechos urbanos.

Ahora bien, vale la pena mirar críticamente la validez de esta redefinición de proyecto urbano como microproyecto, en el marco de la agudización de la crisis ambiental y social de las grandes aglomeraciones metropolitanas, en especial en las sociedades del tercer mundo. ¿No es acaso el asunto de la sostenibilidad de los proyectos sociales y, por añadidura, urbanos, el desafío principal de las políticas públicas para hacer frente a la precariedad material y espiritual de los postergados? ¿Qué efectos y cambios profundos en el mundo de la pobreza pueden generar proyectos-fragmentos, efímeros y de arquitecturas eventuales o de acontecimiento en el marco de la precariedad?. Tiene sentido lo particular, el fragmento y lo local sin una visión panorámica de la cultura y economía urbana, que devenga en acto de toma de posición política e ideológica en torno a los dispositivos de producción y control de la ciudad. Recuerdo lo iluminador que fue conocer la visión del geógrafo estadounidense, Edward Soja, quien haciendo una brillante lectura geocultural de la Gran Aglomeración Metropolitana de Los Ángeles, llama con premura a politizar la

³ Roberto Fernández, **Derivas. Arquitectura en la cultura de la posurbanidad**. P.78, U. Nacional del Litoral, Santa Fé, Argentina.

⁴ Collin Rowe et al. **Ciudad Collage**. G.Gili, Barcelona, 1981.

⁵ Ignasi de Solá Morales. **Territorios**. G. Gili, Barcelona, 2002.

⁶ Saskia Sassen. **“Arqueología del espacio urbano”**, en Ignaci de Solá Morales. Op.cit. 2002. p.7

discusión en torno al urbanismo y sus dispositivos de intervención, y por tanto a alejarse del mito del urbanismo como saber científico “neutral” o desideologizado.⁷

Una característica nítida de esta politización de la espacialidad urbana es la emergencia de paradigmas alternativos a la planificación burocrática y al “urbanismo” de mercado, dado en formas de organización y gestión ciudadana participativa. Sobre ello volveremos mas adelante para enumerar algunas coyunturas en que los actores sociales organizados en Santiago logran oponerse a las lógicas hegemónicas del neo-autoritarismo estatal y del acoso mercantil.

Volviendo al asunto de las alternativas en materia de proyectos urbanos, resulta de interés para la discusión la visión de G. Campos Venturi quien ha bautizado a los planes urbanísticos en la Italia de los 80'-90' como planes de tercera generación. Ellos se caracterizan por ser planes de transformación, frente a las ordenaciones especulativas típicas de los de la primera generación y los planes de expansión ilimitada característicos de la segunda. *“Dichos planes buscan prever las modificaciones internas de la ciudad –una vez limitado su crecimiento-, atendiendo a valores cualitativos mas que cuantitativos (funcionales)”*.⁸ En esta operación de transformación, el proyecto urbano se encuentra, sin embargo, con un problema que hasta ahora no se había identificado como tal: la periferia de las ciudades. Lo periférico se vuelve heterotópico y plurisignificante. Representa una categoría geo-cultural, que rompe la vieja dualidad centro-periferia.

Por ejemplo, Santiago de Chile presenta un cinturón de comunas periféricas endógenas, que no estando en el borde urbano, se caracterizan por su condición de precariedad socioespacial (la mayor parte de las comunas que conforman esta constelación periférica interior son fruto de las política de erradicaciones de la dictadura militar en la década '80, que traslado familias de escasos recursos desde el centro y el oriente de la ciudad hacia el nuevo limite urbano de esos años). Periferias interiores, lugares sin uso y significado definidos, espacialidades híbridas que resisten usos diversos. Yendo a trabajar casi todos los días de Santiago a la comuna de Colina (en el Norte de la Región Metropolitana) a fines de los noventa recuerdo la mutación del típico paisaje rural al territorio híbrido en que hoy ha devenido la salida Norte de Santiago: una zona de industrias (edificios corporativos y bodegas principiamente), alternadas por suelo agrícola destinado a la agroexportación, conjuntos de vivienda social, sitios eriazos, poblaciones callampas consolidadas, un megamercado. Imágenes inconexas, como video clip, de un proceso de urbanización sin ciudad. Pero la periferia es también hoy espacio de multiculturalidad (aquella nueva vernacularidad barroca que agudamente ya visualizó Robert Venturi en Las Vegas y que García Canclini nominó como culturas híbridas en México City) y, es, también el rostro mas violento de las subculturas urbanas de la pobreza getizada.

En fin, ¿Pueden los planes de gran envergadura hacer frente a estas nuevas dinámicas urbanas sin la presencia determinante del sector público y la ciudadanía activa?. Las economías neoliberales han demostrado que la ciudad puede autogenerarse como sistema natural, como mera economía urbana, pero no autorregularse ad-infinitum. Los costes ambientales, sociales y mentales del caos de la ciudad del capitalismo salvaje hacen urgente la generación de políticas neo-reguladoras que suturen las heridas del quiebre del

⁷ Edward Soja. **Postmetropolis. Critical studies of cities and regions**. Blackwell publishing, USA, 2002.

⁸ Los comentarios a los postulados de Giuseppe Campos en Manuel Martín Hernández. **La invención de la Arquitectura**. Ed., Celeste, Madrid, 1997, p. 231-214

pacto urbano, abriendo espacios de participación y deliberación de la ciudadanía en la producción espacial.

b) LAS INCERTEZAS DE LO URBANO.

Como nunca, la historia de Chile republicano ha sido atravesada por una fiebre de desmemoria, caracterizada por muchos como una patología amnésica sintomática del período postdictatorial. El miedo a la historia y el miedo a la sociedad que atraviesa aun a nuestra clase dirigente, ha reverberado, inevitablemente en el terreno de lo público y de lo urbano. Recuerdo muy bien como me hizo sentido leer la diatriba que Pedro Lemebel lanza en “De Perlas y Cicatrices”, cuando denuncia con repugnancia que los mismo rostros televisivos del periodo dictatorial seguían “vivitos y coleando” en la transición democrática. La TV, el nuevo espacio público hegemónico, donde se juega la política de la representación social, nos presenta apenas cambios meramente cosméticos. Los mismos rostros, los mismos discursos. Al parecer, pensé, ansiamos que los grandes cambios estructurales golpeen, toquen o rocen nuestro cotidiano vivir, nuestro día a día, algo que nos acerque, un poco, lo lejanía de los grandes cambios estructurales (aquel cotidiano donde Henri Lefebvre no en vano encontró el horizonte de toda revolución)⁹.

Si el espacio público mediático no escenificó el cambio postdictatorial -apenas ha presentado una apertura cultural hace algunos años-, ¿Qué ha pasado con el espacio público por naturaleza: la ciudad?, ¿Cuales han sido los escenarios urbanos con que nos ha sorprendido la democracia? ¿Cuál el guiño espacial de la postdictadura?, ¿Cuáles los hitos, los monumenti, las nuevos aires que recorrieron nuestra ciudad en la quincena democrática?.

Repasemos. Una política habitacional que incorpora mejores dosis de focalización en la población mas desfavorecida, en particular en los asentamientos irregulares. Política con una tendencia compulsiva a aumentar la cobertura, a disminuir el déficit habitacional, so pena de relocalizar a la población en la periferia del área metropolitana de Santiago, con escaso equipamiento, accesibilidad, transporte deficitario y con muchas viviendas de dudosa calidad constructiva.¹⁰ Política habitacional que, en definitiva, ha contribuido a agudizar la desigualdad socio_territorial de las ciudades chilenas¹¹.

⁹ Henri Lefebvre. “Work and leisure in everyday life” (1958), en **The everyday life reader**, edited by Ben Highmore, Routledge, London, 2002.

¹⁰ En los días que se escriben estas líneas, la presidenta Michelle Bachelet anuncia una reforma inédita a la política habitacional heredada de la dictadura. La Nueva Política de Vivienda Social contempla un aumento de la superficie mínima de las viviendas sociales, un incremento de los subsidios directos a la demanda (focalizados en los sectores mas vulnerables y en la clase media), susidios para mejorar el stock existente, subsidio para el mejoramiento de 200 barrios y “*un nuevo subsidio a la localización para evitar la segregación social de la ciudad o la creación de bolsones de pobreza, además de un Programa de mejoramiento de la calidad*”. En, “Viviendas sociales: más grandes, de mejor calidad y no sólo en la periferia”, **La Nación**, Santiago 19 de Julio, 2006, p.16

¹¹ Hasta tal punto ha llegado el cuestionamiento a los efectos perversos de la política habitacional chilena en términos de segregación socio-territorial, que inclusive, desde el discurso de las fundaciones de derecho privado (fuertemente vinculadas con sectores de los gobiernos democráticos) preocupadas del problema habitacional como el Hogar de Cristo y Un techo Para Chile, la crítica es directa y sin eufemismos. En palabras de uno de sus representantes, Benito Baranda “*Aquella política social que más daño ha generado a la construcción de comunidad y la inclusión social es, sin lugar a dudas, la habitacional.*”, en ¿Qué no hemos hecho bien, **El Mercurio** D 16, 2 de Julio, 2006.

Agreguemos. Un intento aun no concretado por ordenar el caos producido por la desregulación del transporte colectivo. Micro buses que como camaleón han cambiado de color cada cierto ciclo lunar.

Un nuevo Plan regulador del área metropolitana de Santiago (1994), que apuesta por un mayor control, y que paralelamente se pone en marcha con el nuevo plan regulador de Chacabuco, que amplía aun mas los horizontes de expansión metropolitana, mediante la generación de Zonas de Desarrollo Urbano Condicionado (ZODUC).

Un programa de renovación urbana que se maquilla con el concepto de gentrificación, pero que garantiza pobremente la mantención o reciclaje de los sectores patrimoniales y no apuesta por una densificación moderada.

Dirigentes gremiales microbuseros encarcelados, ministros de vivienda que reciben caballos pura sangre de parte de inmobiliarias, mujeres que se cuelgan de la señalética de nuestra principal arteria alegando "que también son pobres" y que por tanto deben ser objeto de condonación de su deuda con el SERVIU. Imágenes, rostros, voces, que condimentan el desconcierto que provoca la ausencia de una efectiva política de control público sobre la producción de ciudad.

Suerte de relación neurótica con el pasado/presente de la cultura urbana del Santiago reciente. Digo neurótica porque resulta curioso el reconocimiento de un presente que agobia la ciudad con procesos de modernización compulsivos y amnésicos. Cuando miramos, desde el espejo retrovisor, la ciudad de ayer con la experiencia (y los ojos) de hoy; sentimos la ausencia de la matriz, la pérdida del pacto urbano, donde existía un juez (y parte) que mediaba entre los particulares intereses por los bienes y servicios de la economía urbana. Hoy, palpamos la precaria condición reguladora del sector público de la transición – codificado como ineficiente, corrupto y burocrático- y su fuerte carga autoritaria. Un Estado que controla lo social (políticas de seguridad ciudadana, de violencia intrafamiliar, etc.) y que tiene pies de cartulina a la hora de regular la economía urbana.

La desigualdad del ingreso tiene un rostro socioterritorial. La segregación inter e intracomunal en Santiago se ha agudizado en los últimos años, de la mano de la consolidación de guetos urbanos organizados por la economía de mercado inmobiliaria con subsidio estatal.

Los fenómenos de multicentralidad, exurbanización y la articulación entre grandes infraestructuras de consumo urbano y las periferias circundantes dibujan un paisaje en que lo urbano se diluye. El predominio de las vías de circulación rápida y de la creciente no-lugarización (Marc Augé) de importantes nodos de la ciudad ponen en entredicho la significación del concepto de ciudadano (como habitante de la polis y como actor en la civitas). ¿Es que la nueva configuración territorial del capitalismo tardío acarrea una nueva matriz cultural asentada en el individualismo, el consumo y el miedo al otro? Todos ellos agentes corrosivos que aportan a la disolución del tejido social, que en buena medida, sostuvo el pacto urbano de la ciudad desarrollista. ¿Somos sólo habitantes?.

Pablo Ocampo, hoy en Francia, escribió que el Urbanitas chileno promedio puede caracterizarse como telespectador. *"El telespectador no recae en detalles, no puede hacerlo sin detener su tránsito, por lo tanto solo puede construir interpretaciones molares. En este sentido el telespectador habita como si fuera turista en su propio contexto (...) hasta el*

*punto en que su descripción puede llegar ser puro consumismo descerebrado o si se prefiere sólo superficie*¹².

Siguiendo la ruta deleuziana que plantea agudamente Ocampo, creo es necesario detenerse a pensar mas seriamente en la multiplicidad de acontecimientos protagonizados por organizaciones de defensa de la ciudad, del medio ambiente, el barrio o las infinitas pequeñas utopías comunitarias que se desarrollan en el mundo popular. Todos fenómenos que marcan una tendencia hacia la consolidación de pequeños agenciamientos moleculares, que dan indicios del fin de la resaca postdictatorial en el campo de la lucha por el espacio urbano. Es cierto que entre estas organizaciones no existe articulación orgánica (aunque sospecho que la red internet está siendo cada vez mas utilizada como vehículo de conexión) y que muchas aun no dan el salto de “lo social a lo político”. Salto que no significa necesariamente la generación de MOVIMIENTOS SOCIALES URBANOS de masas (como los definió Castells en los setenta), sino mas bien de multitudes heterogéneas y dispersas, conectadas a modo de rizomas, que despliegan diversas tácticas del habitar (Foucault), que subvierten los espacios formales del canon funcionalista mercantil o burocrático.

Pasemos lista. La presencia mediática y el efecto público de las recientes manifestaciones de la Agrupación Nacional de Deudores Habitacionales de Chile –ANDHA- (que logró entre otras cosas, la condonación de parte de los deudores de SERVIU), las masivas protestas en Valdivia por la contaminación del Río Cruces, la todavía vigente reivindicación de los pobladores de la Toma de Peñalolén (la primera toma de terrenos que se resuelve vía mercado), las acciones de los Ciclistas Furiosos, la airada crítica de los vecinos de San Joaquín tras el feroz desalojo de los OKUPA de calle Vicuña Mackenna. Y mas recientemente las agrupaciones vecinales que rechazaron la propuesta de modificación de Plan Regulador en las comunas de la Reina y Providencia. En fin, los defensores del patrimonio arquitectónico, los comités de adelanto de los barrios tradicionales, la agrupaciones funcionales de defensa de la ciudad, los reventones esporádicos a propósito de la localización de vertederos, conjuntos de vivienda social o la construcción de autopistas.

Da la sensación, por lo menos así yo lo creo, que el espacio ha devenido asunto político y lo cotidiano emerge como campo de luchas sociales. En fin, parece ser la hora de exigir mayor deliberación ciudadana en los asuntos urbano-territoriales. (Participación en la generación de planes y programas, deliberación o voto consultivo en las modificaciones de plan regulador, ampliar los municipios con mecanismos de presupuesto participativo, etc.)

Contrariamente, surgen otras voces que contribuyen a la agudización de la pérdida del sentido de lo urbano y alimentan la paranoia de la opinión pública mediática. Insisten en el espacio publico como una amenaza, un lugar que es preferible evitar, cerrar, acorralar. ¡El Paseo Ahumada debe dejar de ser peatonal, para evitar que el centro tradicional quede en poder de la delincuencia!¹³, ¡Se debe prohibir la circulación por el barrio El Golf, en la noche, para evitar la prostitución!

¹² Pablo Ocampo. “Telespectador. El delirio de interpretación del habitante contemporáneo”, en VVAA, **Otros modos de habitar**. Reflexiones, ed. UCEN, 2004, 173-195

¹³ Muchas son las voces que se han alzado para oponerse a esta propuesta. Sebastián Gray hace un par de semanas critica ácidamente la propuesta de abrir el paseo Ahumada (peatonal, ubicado en el centro histórico de Santiago) al flujo vehicular. *“Insólita resulta la propuesta de terminar con los paseos peatonales del centro de Santiago para evitar la delincuencia. La retrograda proposición proviene nada menos que de una Corporación*

Exigen al Estado, por un lado, una importante dosis de intervencionismo que controle lo social (especialmente lo social _ popular) y que por otro, mantenga su actitud de *laissez faire* con el negocio inmobiliario de la economía urbana. Discurso esquizofrénico del cual es cómplice, en alguna medida el propio estado. Gobiernos sucesivos que apelan a la ciudadanía como referente y sostén de una nueva era política, de un “nuevo trato” democrático. Sin embargo, en los hechos la apelación a la ciudadanía se diluye en el discurso y accionar público, en una constante criminalización de toda movilización social. Recuerdo la brutal represión de que fue objeto un grupo de familias de areneros a propósito de la construcción de la Costanera Norte. ¿Por qué apostar por una ciudadanía desmovilizada?. ¿Que proyecto urbano, es decir que proyecto cuyo centro es lo público, puede sostenerse sobre una ciudadanía estigmatizada o paralizada?

Si lo público ha sido siempre el lugar de encuentro: el mercado, el ágora, la plaza, aquellos lugares donde nos contaminamos con/del otro. ¿Por qué alimentar desde el propio sector público discursos que enarbolan las banderas del miedo y el individualismo?. No quiero finalmente sospechar que la matriz psicopolítica de nuestros dirigentes políticos esté aun fundada en el miedo a la historia y a la sociedad, los dos pilares sobre los que debemos (re)pensar nuestra identidad, aquella que sostuvo, pese a los antagonismos y diferencias, el pacto urbano republicano.

c) LA CIUDAD COMO ESPACIO DE LA INSEGURIDAD

Cuando hablamos de seguridad ciudadana hablamos más desde la opinión pública que desde nuestra experiencia individual. Lo que las encuestas de opinión han arrojado es un aumento de la percepción de inseguridad, un aumento de los delitos de mayor connotación (nótese la sutileza semiológica) social y un aumento de los delitos de mayor espectacularidad. Estamos, sin duda, frente a aquello que Baudrillard ha llamado “el genio maligno de lo social”¹⁴, donde lo social, en la posmodernidad, ha mutado desde lo colectivo, entendido, como la comunidad políticamente articulada a espacios desmaterializados. La calle y la plaza han cedido lugar a la encuesta y la pauta editorial de los media. Hablamos de territorios preceptuales construidos desde/con los medios de comunicación de masas; alimentando las sensaciones de incomodidad frente a la espacialidad del presente y resignificándolas discursivamente en campos semánticos que apelan al morbo y la afección mas primaria. El conjunto de incertidumbres e incertezas que genera la ruptura del pacto urbano son fetichizados paranoicamente en la figura anónima y genérica del delincuente o “anti-social”, el anti-urbanitas por naturaleza, el espejo de nuestra propia desconfianza ante el otro.

Ahora bien, la paranoia urbana alimentada por los media y la derecha política desde hace algunos años, no solamente ha generado pingües ganancias en materia de rating, sino que además ha ido de la mano de procesos de rearticulación de importantes sectores de la economía post-fordista, aquellas que saben muy bien jugar con las nuevos miedos posmodernos (piénsese solamente en la explosión de las empresas aseguradoras que se

para el Desarrollo del Centro de Santiago, compuesta principalmente por grandes empresarios y representantes del Municipio. En dicha corporación brillan por su ausencia los voceros de 200.000 habitantes y dos millones diarios de usuarios del sector, además de las universidades y excelentes expertos en materias urbanas con que cuenta el país. Pero no hablarán realmente en serio estos señores; creemos que se trata mas bien de una irreflexiva perorata retórica para llamar la atención al problema de fondo, la delincuencia, que es fundamentalmente sociológico y administrativo”, **El Mercurio**. Artes y letras, Santiago, 23 de Julio, 2006. p.21

¹⁴ En Jean Baudrillard. **Las estrategias fatales**. Ed. Anagrama, 1987.

han consolidado al calor de la creciente flexibilidad laboral). La seguridad ciudadana ha devenido lucro, un gran negocio de casetas de seguridad, cámaras de vigilancia y complejos sistemas de fortificación residencial. Y más recientemente la articulación de sistemas de concesión para nuevos recintos carcelarios (El gobierno de Lagos tiene el record de crecimiento de población carcelaria, pese a la política de “puerta giratoria”, que aleja la derecha). Y no sólo el negocio de la (in)seguridad dice relación con los dispositivos de persuasión y defensa sino también con la PRIVATIZACION misma de la ciudad. Hoy por hoy nuestras ciudades, como nunca, asisten a una constante depreciación física y simbólica del espacio público. Física, porque hoy tenemos porcentualmente menos espacio público que antes (me atrevería a decir menos ciudad que antes siguiendo a Jordi Borja en su analogía entre espacio público y ciudad¹⁵). Recuerdo el caso –en mis tiempos de trabajador en una ONG en Santiago- de un grupo de funcionarios municipales que insistían en la necesidad de destinar los dineros del Programa de promoción social de FOSIS¹⁶, exclusivamente en cierres perimetrales para conjuntos de vivienda social, construidos recientemente. Depreciación también simbólica, porque como habitantes tememos más que valoramos el espacio público. La condominización, la tendencia al encierro, tanto en los conjuntos de vivienda social como en los nuevos conjuntos para los estratos medios-altos, se han confabulado con la percepción de inseguridad, de modo de entregar al mercado inmobiliario las herramientas para consolidar un nuevo imaginario urbano. Aquel del URBANITAS PRIVATIZADO, de celular, de tag, cajero automático, citófono, piscina y walking closet. Un ideario de confort asociado al ensimismamiento y la distinción asociada a valores de cambio sígnicos. Valores que en ningún caso quedan en el nivel lingüístico sino que rápidamente son subsumidos por la dinámica del mercado inmobiliario que opera, vaya descubrimiento, bajo la lógica de la distinción y la exclusividad.

Termino estas líneas, y me entero en estos días de la noticia de que el proyecto del puente que uniría la isla de Chiloé con el continente ha sido finalmente desechado. No hay interés del sector privado a la jugosa oferta del Estado. Fracaso rotundo, de un proyecto megalómano, que buscaba escenificar uno de los paradigmas de la pos-urbanidad moderna: LA CONECTIVIDAD. Parece ser que los proyectos viales (las grandes autopistas concesionadas) y los sistemas de transporte y comunicación materiales e informacionales resultan ser la última forma de representación del sector público en el espacio urbano. El último referente, la trinchera desde donde todavía se lanzan luces de bengala a la ciudadanía. Quizás por eso la obsesión por el puente mas grande de América Latina, algo así como “la edificación de la Gran Muralla China” de Kafka¹⁷, que seguramente se terminará de construir en una ciudad imaginada (a lo Borges)¹⁸ sólo por nuestros gobernantes.

¹⁵ Jordi Borja., dice exactamente “*el espacio público es la ciudad*”, en **Espacio Público. Ciudad y ciudadanía**. Ed. Electa, Barcelona, 2003. p.15

¹⁶ Fondo de Solidaridad e Inversión Social del Ministerio de Planificación, destinado mayoritariamente a proyectos de carácter social

¹⁷ Ver de Franz Kafka “La edificación de la Gran Muralla China”, en **La Metamorfosis**, Losada, B. Aires, 1969. El relato trata de la construcción de una obra imposible y de la conciencia de sus gestores de esa imposibilidad.

¹⁸ Ciudades construidas desde la cita intertextual, desde la pura enunciación, del dato histórico-mitológico que confunde ficción con historia. Ver Jorge Luis Borges, “Tlön, Uqbar, orbis Tertuis” en **Ficciones**, Emecé, 1996.